

proletariado” a la aspiración a una genuina democracia de las mayorías. Se trataba, como Lenin lo remarcaría, del régimen más democrático que podía concebirse, mediante el cual se desmontarían los mecanismos que hacían posible la explotación del hombre por el hombre.

Pero en tanto fracasaron las ansiadas insurrecciones europeas al concluir la Primera Guerra Mundial, se reforzaba el acuartelamiento de la URSS, y a continuación emergían los regímenes fascistas, el tema de la democracia posible quedaba subsumido en la militarización a ultranza de los escenarios que habría de desembocar en los horrores de una nueva guerra casi planetaria. Por un período, las resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista de 1935 alentaron a repensar lo democrático en el marco de los *frentes antifascistas*.

El giro táctico del PCUS y sus directrices a los comunistas en los países latinoamericanos, en el contexto del avance del fascismo y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, generaron un desencuentro histórico entre las nacientes expresiones de regímenes nacional-populares en Sudamérica —portadores de una concepción de la democracia que tensionaba los valores liberales— y las expresiones mayoritarias de lo que podríamos denominar la izquierda de tradición socialista. En el momento de la irrupción de los “populismos”, las diferencias ideológicas, la disputa por la conducción del movimiento obrero y, en algunos casos, por los alineamientos geopolíticos a la luz de la Segunda Guerra, posicionaron a estos sectores de la izquierda en la vereda de enfrente.

Pero durante varias décadas, las distintas formas de democracia restringida y las dictaduras, junto a la estela de la Revolución Cubana, fueron minando la confianza sobre las posibilidades reales de avanzar en cambios sociales en el marco de la democracia posible. Las breves experiencias de democracias populares con participación de la izquierda, como la de los gobiernos de Goulart en Brasil, Cárpora y Perón en Argentina o el Chile de Allende fueron rápidamente aplastadas por la derecha a través de las Fuerzas Armadas.

Recién vamos a encontrarnos con un paulatino avance de garantías, que permiten pensar lo democrático en nuevos términos, cuando retroceden los regímenes que amparó en América Latina la doctrina de “Seguridad Nacional”, con toda su crueldad y cinismo, y después al producirse la implosión de lo que fuera el bloque liderado por la URSS. A partir de esto, los escenarios políticos propiamente dichos adquieren mayor entidad, en tanto la Guerra Fría se amortigua considerablemente y



en cierta medida se desplaza, y el militarismo, que se enseñoreara durante casi todo el siglo XX, evidencia un retroceso, al menos parcial, en regiones como la nuestra.

En esta nueva época que estamos transitando emerge en la escena latinoamericana el descontento y la rebeldía frente a las políticas neoliberales, lo que habrá de permitir, a su vez, el surgimiento de los liderazgos que irrumpen sucesivamente en nuestros países. Los liderazgos y las fuerzas políticas que se encuentran en mejores condiciones para ponerse a la cabeza de este extendido malestar reclaman garantías para disputar en el plano electoral la representación de las mayorías.

Las revaloraciones y críticas nos conducen a los actuales emprendimientos en los que los rasgos de la época actual, distante de las insurrecciones, los posibles “cercos” y la disipación de la Guerra Fría *a posteriori* de la caída del muro, colocan a la perspectiva de profundizar la promesa democrática en el centro de la escena.

Es en este momento que se instala en nuestro medio continental el reclamo por una Patria Grande, vanamente invocada en un lejano pasado, asociado a este ensanchamiento de las garantías democráticas que muy parcialmente habían tenido alguna presencia con anterioridad.

Llegará un momento, entonces, en el que la implacabilidad de las dictaduras en los 70, de una parte, y a posteriori, el aprendizaje sobre la marcha que supone la llegada al gobierno de distintas expresiones populares, habrán de producir una expansión de los horizontes de lo posible en cuanto al sentido de lo democrático. No debe olvidarse que el “chavismo” en sus primeros pasos, todavía aislado allá por 1998 y 1999, invocaba una “tercera vía” donde resonaba Tony Blair. La implacabilidad de quienes se encuentran ubicados en el sitio de la dominación y el privilegio y la llegada de nuevos compañeros de ruta a nivel regional fue radicalizando los discursos. De alguna manera, retomando la comparación que hicimos, si la fallida invasión en Bahía de los Cochinos abrió curso a la proclama “socialista” en Cuba, el golpe del 2 de abril de 2002 en Venezuela también endurece

En esta nueva época que estamos transitando, emerge en la escena latinoamericana el descontento y la rebeldía frente a las políticas neoliberales, lo que habrá de permitir, a su vez, el surgimiento de los liderazgos que irrumpen sucesivamente en nuestros países.



el discurso en términos análogos, pero con la decisiva diferencia de que ahora la denuncia de la naturaleza “antidemocrática” de la llamada oposición estará en el centro. De este modo, derrotar un plebiscito revocatorio y marchar hacia plebiscitar también una nueva constitución, será el nuevo objetivo chavista.

También estará en el centro de los objetivos una nueva constitución en Bolivia y Ecuador, donde, como en Venezuela, el surgimiento de lo nuevo ha sido concomitante con la implosión del escenario político previamente existente.

Como bien lo argumenta Marco Aurelio García, en aquellos países donde los sectores dominantes habían transitado por modalidades que implicaron un cierto desarrollo industrial, con la consiguiente ampliación del escenario político hacia buena parte de los trabajadores de la ciudad y el campo, no se produce una implosión análoga. Se trata sí de una crisis, pero donde permanecen numerosas mediaciones que hacen de la disputa política una trama mucho más trabada y compleja.

Los procesos de democratización entonces no son los mismos. Mientras en la región andina se parte de más atrás y se transita un verdadero “cambio de época”, en el Cono Sur nos encontramos con una “época de cambios” en la que, paradójicamente, se trata de recuperar, social e institucionalmente, cursos democráticos que ya habían tenido algún desarrollo en épocas previas y que implacables dictaduras, y más tarde las diversas maneras que adquiere la implementación de los postulados del Consenso de Washington, habían procurado conculcar.

Convergencia que inaugura una nueva lógica de producción política

Los propios procesos de construcción política que le dieron carnadura a estas convergencias, en casi todos los casos, ya habrán de suponer un ejercicio de la práctica democrática que no se encontraba previamente instalado con claridad en la experiencia de las fuerzas populares.

De este modo, encontramos en Venezuela la irrupción de un caudillo militar que recoge la tradición bolivariana y busca acercarla a las distintas corrientes de la izquierda venezolana. Así lo observó Chávez en 1998:

Al frente nacional le gustaría contar con muchos marxistas... siempre y cuando no caigamos en el radicalismo político. Creo que se impone la unidad de esas corrientes que son revolucionarias



marxistas, marxistas cristianas revolucionarias, bolivarianas revolucionarias, para buscar un camino auténticamente revolucionario pero propio a nuestra realidad, propio a nuestra idiosincrasia, a nuestras metas y posibilidades.

La convergencia no será sencilla. Tanto del tronco militar como en el interior de los partidos de izquierda preexistentes habrá quienes no acepten el estilo de conducción del nuevo comandante. Pero quienes acaban concurriendo le darán un amplio sustento a la fuerza que desde entonces habrá de triunfar en catorce de los quince procesos electorales que protagoniza el chavismo.

El propio surgimiento del PT en Brasil recoge una amplia variedad de corrientes y sectores que van desde distintos grupos de izquierda, entre los que no faltan algunos partícipes de la resistencia armada a la dictadura militar, hasta los nuevos sindicatos de la industria metalúrgica y las comunidades de base ligadas a la Iglesia católica. Esta convergencia habrá de requerir, desde un inicio, de una ardua e intensa vida democrática a su interior que será correlato y rasgo distintivo en su proyección como fuerza en la escena política nacional.

Diez años después de su fundación, uno de sus principales dirigentes, Marco Aurelio García, anticipaba conceptos que nos parecen sustantivos y que conservan plena vigencia:

Articulando la lucha por la democracia política con la lucha por la democracia social, el PT busca brindar actualidad al socialismo y sacarlo del campo de la mera utopía. Esta articulación se desdobra en una intervención que recupera múltiples espacios en el plano social y en el plano institucional, sabiendo que estos dos dominios no son estancos y se interpenetran todo el tiempo (Marco Aurelio García, Teoría y Debate N° 12, 12/90).

De manera creciente, la lógica de la lucha política habrá de llevar al PT a procurar definiciones y alianzas que harán posible tanto su triunfo electoral como la búsqueda del voto mayoritario en el parlamento, en donde siempre careció de fuerza propia suficiente.

La singularidad del caso argentino tiene que ver con los antecedentes de algunos protagonistas y la profundidad de la crisis de la que emerge lo que constituirá el kirchnerismo. El triunfo de Néstor Kirchner en el 2003,



con sólo un 22% de los votos, ya habrá dejado afuera a dos vertientes del peronismo que concurren con sus propios candidatos. Entre ellos el propio Carlos Menem, adalid de la irrupción neoliberal en Argentina. A la vertiente, que recupera lo mejor de las tradiciones justicialistas, habrán de sumarse expresiones de izquierda y otros referentes que le darán a esta nueva presencia rasgos amplios y singulares a una convergencia cuyos antecedentes pueden rastrearse en el frente político que aglutinó al justicialismo y sectores de izquierda tras la candidatura de Héctor Cámpora en 1973. En cualquier caso, la nueva índole de las contradicciones y el contexto general del país y la región, así como los balances sobre la experiencia de los 70 y el duro aprendizaje tras la dictadura militar, las ilusiones de la primavera alfonsinista y la herencia neoliberal fueron forjando una experiencia novedosa de lo que hasta entonces suponía lo conocido en el campo nacional popular.

Entre las diferentes medidas que impulsan los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner, cobran relevancia los esfuerzos por democratizar los medios de información a través de la “ley de medios” y la consagración del matrimonio igualitario, que supondrá una notable y precursora ampliación de esta institución, saliendo al cruce de antiguas pautas discriminatorias. La lógica que sustenta a estas y otras iniciativas, como la Asignación Universal por Hijo y las internas partidarias abiertas y simultáneas, pone de manifiesto no sólo el afán democratizador, sino las especificidades de una concepción de la democracia popular, con sus potencialidades y sus enemigos, que supo esbozarse en el 73-74, retomarse en el 83-85 y afirmarse recién desde el 2003, bajo este nuevo “mestizaje” que aludiéramos, presente en la propuesta de los llamados K.

El Frente Amplio uruguayo ha sido desde sus inicios un modelo de convergencia democrática, reuniendo desde su fundación a comunistas, socialistas, socialcristianos y disidencias de los tradicionales partidos Blanco y Colorado. Este rasgo se acentúa, si se quiere, en el período que consideramos con la incorporación al mismo de la fuerza política que nuclea a quienes fueran la organización político-militar Tupamaros en los años 70.

La perseverancia en las prácticas plebiscitarias, aun con sus resultados adversos, ratifican la evidente perspectiva democrática que supone la propia impronta del Frente Amplio.

La profundidad de las transformaciones que vive Bolivia pueden observarse en las palabras de su vicepresidente, Álvaro García Linera:



... el concepto de revolución democrática y cultural es bastante preciso, el más preciso en mi opinión. Una revolución política y descolonizadora, para mí sería la manera más académicamente precisa para definir lo que está en marcha actualmente en Bolivia. (...) Es un cambio irreversible de la historia. Venga lo que venga para los siguientes siglos, los indios han tomado el poder, los indígenas se han vuelto poder y lo viven no sólo en el palacio, en los ministerios, el parlamento, la justicia y las leyes; lo experimentan también en cosas tan sencillas como caminar en la calle, que es un modo también de ciudadanía plena expansiva. El saber que tienes derechos, antes prohibidos por el color de tu piel o por tu pollera o por tu apellido (Álvaro García Linera, “Las tensiones creativas de la revolución. La quinta fase del proceso de cambio”, La Paz, 2011).

Imposible imaginar un proceso democratizador más profundo en lo social, reafirmado también en lo político institucional a partir de los principios constitucionales aprobados y los intensos debates en curso a los que García Linera alude como “tensiones creativas”, recordando a lo que se dio en llamar “contradicciones en el seno del pueblo”.

La singular construcción política que lidera Rafael Correa en Ecuador tuvo como rasgo distintivo desde un inicio el haberse puesto a la cabeza del extendido hartazgo popular ante las falencias de la llamada partidocracia. El principio de poner al “ciudadano” como referencia aglutinadora de muy diversos sectores resultó el basamento de un proceso de reconstrucción política tras la implosión del escenario previamente existente. La nueva constitución, ampliamente plebiscitada, y los sucesivos triunfos electorales muestran que la convergencia que ha dado en llamarse Alianza País se encuentra sólidamente instalada en la nueva realidad política del Ecuador.

La insistencia en los derechos ciudadanos presentes en la invocación, precisamente, a una “revolución ciudadana” hace que esta refundación se sitúe conjugando tanto la profundidad de las transformaciones en curso —“cambio de época”, al decir del propio Correa—, como la referencia a quienes constituyen el basamento soberano de esta revolución, la propia ciudadanía.

Hemos aludido a las experiencias más sobresalientes de los procesos en curso. Lo que ocurre en otros países, que de una u otra manera se sitúan como a mitad de camino —el Paraguay truncado con el derrocamiento de Lugo, el candado parlamentario al que se ve sometido Ollanta Humala en Perú, los afanes de la Concertación en Chile bloqueados por una derecha



social y política de envergadura y los límites en los que transcurren las experiencias centroamericanas, tan cercanas al coloso del norte—, no contradicen los lineamientos del curso democratizador que atraviesa la región.

Es posible así que, a pesar de la diversidad de la cual provenimos, el acontecer de nuestro tiempo desustancialice las posiciones políticas de otrora, abriendo nuevos caminos a partir del reclamo de la práctica, sin dejar de procurar una reflexión que oriente este devenir.

La disputa con la derecha en el terreno democrático

Esta nueva lógica de acción política que los gobiernos han logrado imprimirle a sus gestiones se ha mostrado eficaz a la hora de agrupar mayorías en torno a sus proyectos. La derecha, en cambio, pareció inicialmente desorientada ante este nuevo escenario en el que la ampliación democrática se da conjuntamente con una eficaz gestión económica que atiende a las necesidades de las mayorías.

Es posible que a pesar de la diversidad de la cual provenimos, el acontecer de nuestro tiempo desustancialice las posiciones políticas de otrora, abriendo nuevos caminos a partir del reclamo de la práctica, sin dejar de procurar una reflexión que oriente este devenir.

Paulatinamente ha ido recomponiendo su discurso. Se ve obligada a reconocer la necesidad de salvaguardar lo democrático, lo que le había sido muchas veces ajeno, al tiempo que se esfuerza por intentar mostrar como inconsecuente el compromiso con estos principios de los nuevos gobiernos, recurriendo al cuestionamiento de cuanta formalidad se encuentre presuntamente alterada en la gestión oficial.

Para estas variantes, se trata de neutralizar políticamente el sentido de la democracia y mantenerlo encorsetado en la institucionalidad heredada de las dictaduras y el neoliberalismo. En contra de la propia tradición republicana clásica, que planteaba la necesidad de encontrar reformas institucionales ante la configuración de nuevos conflictos de tipo social o político

—¿qué son sino esto, las reflexiones de Maquiavelo sobre los *Discursos* de Tito Livio o las propuestas de Montesquieu sobre la división de poderes?—, enarbolan un conservadurismo remozado con ribetes republicanos invocando un inexistente pasado de respeto a las instituciones y canalización ordenada del conflicto que se da de bruce con la experiencia real de los procesos históricos de nuestros países.



Los medios de comunicación, nuevos voceros y estrategias de la defensa del *establishment* y sus intereses ante el deterioro de los partidos tradicionales, son los primeros en utilizar estas falacias. Resulta altamente significativo el extremo parecido de las líneas editoriales que se reiteran más allá de las fronteras.

Pero la confrontación con los medios revela que, si existe una agenda en la que este tipo de contradicciones entre el “deber ser” de una agenda liberal-republicana y su enarbolamiento por parte de las fuerzas conservadoras se muestra en toda su extensión, es en la ampliación de ciertos derechos tradicionalmente asociados a la tradición liberal que, sin embargo, se producen de la mano de los regímenes democrático-populares.

Pretendiendo amenazas a la libertad de prensa, donde a lo sumo podrían invocarse riesgos a la “libertad de empresa”, estos medios dirigen virulentas críticas contra los gobiernos sin datos consistentes, y en cuanto reciben réplicas alegan avances sobre la libertad de expresión. Lo sintomático es que los supuestos gobiernos autoritarios no pretenden monopolizar la prensa en nombre del pueblo, sino combatir el monopolio privado que existe para garantizar la pluralidad de voces. En su nueva asunción presidencial, Rafael Correa señalaba:

Hablan de criticar al poder, pero ellos mismos son unos de los mayores poderes. Poder más invulnerable que el poder financiero, porque han tenido la habilidad de identificar sus negocios, dedicados a la comunicación, con la libertad de expresión. Criticar a un medio de comunicación es criticar la libertad de expresión. Eso es tan brillante como decir que criticar al presidente es criticar a la democracia.

Prácticamente en ningún caso se ha generado un proceso de censura evidente a los medios existentes, que siguen en su mayoría en manos de sectores del *establishment*. Si bien se ha avanzado, y hoy amplios sectores de la población no dan por sentada la veracidad de un hecho por provenir de un diario de gran circulación o un preponderante medio televisivo, sigue vigente el notable poder que estos medios disponen para imponer la agenda pública y generar desasosiego y desconfianza en amplios sectores de la población. Así habrán de encargarse de ejercer una fiscalización implacable de las prácticas gubernamentales, proponiéndose como cajas de resonancia de cualquier descontento, producto de sus propios límites o de lo considerable de lo que aún queda pendiente.



Los intentos de los gobiernos por balancear el poderío mediático, como es el caso de la llamada ley de medios en Argentina, o intentos en esa dirección en Ecuador, Venezuela y Uruguay, se ven entorpecidos por un sinnúmero de obstáculos a partir de impedimentos desde el sistema jurídico imperante. En otros contextos, como el caso brasileño, no se ha podido aún dejar atrás la prudente transacción con estos medios, lo que obliga a renovados equilibrios de parte del accionar gubernamental.

De este modo puede percibirse que la estrategia por recuperar el terreno perdido por parte de los sectores dominantes se centra en procurar capitalizar el desencanto que proviene del desgaste propio de la función gubernamental, particularmente, el producido en el desfasaje entre la retórica y la sustentabilidad de las transformaciones que gravitan en la vida cotidiana.

La campaña electoral venezolana tras la desaparición física de quien fuera el líder indiscutible del chavismo puso en evidencia la presencia de flancos que pudieron ser aprovechados por el frente opositor. Al decirle Capriles a Maduro “tú no eres Chávez”, se mostraba como posible garante de una más efectiva puesta en práctica de aquellas transformaciones que el dirigente desaparecido había alentado. Esto encuentra asidero en la medida en que las dificultades denunciadas por la oposición encuentran correlatos con la experiencia de la población.

Paradójicamente esto tiene un doble carácter, ya que supone la aceptación de transformaciones en curso que será muy difícil retrotraer, como lo señalaba Álvaro García Linera en la cita que mencionáramos anteriormente. Pero, en cualquier caso, la intención última es revertir el proceso de las transformaciones en curso.

De la capacidad para conservar la iniciativa y la legitimidad afirmada en los cambios que la propia población asume como suyos, dependerá la continuidad y consolidación de las conquistas alcanzadas. En palabras de Cristina Fernández, “... quiero decirles algo: si no se organizan, si no participan, si no cuidan ustedes mismos lo que es de ustedes, van a venir otra vez por todos ustedes como lo han hecho a lo largo de toda la historia” (Cristina Fernández de Kirchner, discurso en ocasión de los festejos del 25 de mayo de 2013).

La democracia: cuestión de mayorías

La modulación de las transformaciones, atendiendo a los requerimientos democráticos, tiene que servir como garantía para no incurrir en pasos en falso tras afanes voluntaristas que ofrezcan flancos a la restauración conservadora de la derecha, siempre atenta a generar convocatorias



que permitan recuperar su gravitación a partir del descontento popular.

El proceso venezolano ha permitido el desarrollo de este debate y, sin que sean claramente excluyentes, aparecen perfiles que Steve Ellner llama *voluntaristas vs. realistas*, que dicho autor relaciona con la polémica que mantuvieron Ernesto Guevara y Carlos Rafael Rodríguez a mediados de la década del 60 sobre el curso de la economía cubana.

Sin entrar a profundizar en las disyuntivas que hoy están planteadas en el devenir del proceso bolivariano, en las particulares condiciones posteriores a la muerte de Hugo Chávez, citamos las consideraciones del propio Ellner un tiempo antes de estos sucesos. Tras hacer una elocuente descripción de las virtudes y limitaciones de unos y otros, Ellner nos dice:

El gobierno revolucionario puede hacer mejor su llamado mediante la formulación de eslóganes y políticas igualitarias que hagan énfasis en la solidaridad en concordancia con la estrategia optimista cultural. El proceso subsecuente de consolidación pone mayor énfasis en la producción, que al menos por cierto periodo de tiempo es favorecida por un incremento en el peso de los incentivos materiales (enfoque realista). Pero en ningún momento las dos estrategias son contradictorias, o representan una proposición de “una u otra” (Steve Ellner, “El debate histórico sobre las metas socialistas: el caso venezolano”, Rebelión.org, 2013).

Sin pretender situarnos en una fórmula ecléctica, lo que queremos es llamar la atención sobre la índole de los dilemas aludidos que en cada caso sólo pueden ser resueltos según las condiciones concretas de que se tratan.

En otros términos, nos encontramos en el caso boliviano con enfrentamientos que no dejan de ser duros y que adquieren sustento en reclamos de algunos sectores de obreros y campesinos. A estos conflictos, el vicepresidente Álvaro García Linera los considera como propios de la quinta fase del proceso de cambio.

La modulación de las transformaciones, atendiendo a los requerimientos democráticos, tiene que servir como garantía para no incurrir en pasos en falso tras afanes voluntaristas que ofrezcan flancos a la restauración conservadora de la derecha, siempre atenta a generar convocatorias que permitan recuperar su gravitación a partir del descontento popular.



Surgen en esta nueva etapa de la Revolución Democrática y Cultural —y es necesario que lo hagan— tensiones secundarias y no antagónicas al interior del bloque popular revolucionario, en el seno del pueblo. Una de estas tiene que ver con el debate fructífero, democrático y creativo respecto de la velocidad y de la profundidad del proceso de cambio (García Linera, 2011).

Esta vocación de búsqueda de entendimientos no quita que el gobierno del MAS asuma posturas firmes ante iniciativas que estima ponen en riesgo los intereses del conjunto de sectores a los que representa.

Puede darse el caso de que las limitaciones que impone el propio accionar de las fuerzas conservadoras fuerce a un paulatino desgaste de la vocación democrática y transformadora.

Estos dilemas de cómo conjugar la profundización de los cambios en curso sin abandonar la lógica democrática conllevan el interrogante de cómo acceder a fases más avanzadas, lo que de por sí no es un devenir ineludible. Por el contrario, puede darse perfectamente el caso de que las limitaciones que impone el propio accionar de las fuerzas conservadoras fuerce a un paulatino desgaste de la vocación democrática y transformadora. En este sentido refiriéndose al caso brasileño, el dirigente del ala izquierda del PT, Valter Pomar, nos dice que de no conseguir sostener una propuesta consistente de más largo plazo,

*... el peligro no es tanto que seamos derrotados en el 2014, no creo que sea posible, sino que nos veamos forzados a implementar nosotros mismos el desarrollismo conservador. Lo que creo más peligroso en el escenario no es que seamos víctimas de una derrota electoral sino de una derrota política, en la que pasemos de sepultar al neoliberalismo a revivir el desarrollismo conservador tradicional en el país (Valter Pomar, “Una radiografía del PT”, en *Página/12*, 01/04/2013).*

En cualquier caso, la retórica que se aferre a cualquier presupuesto dogmático para encarar estas disyuntivas no hace más que retornar a la sustancialización de la concepción de la política que, cualquiera sea su pretensión, no hace más que alejarnos de la política misma, y que tiene como invariable consecuencia el distanciamiento de las mayorías a las que se pretende representar.

Se estaría, de este modo, abandonando el proceso de “mestizaje” al



que aludiéramos para regresar a fórmulas genéricas usualmente provenientes de aconteceres que han quedado en el pasado.

Algunos de los debates que atraviesan la realidad latinoamericana de nuestros días tienen que ver con la índole de las transformaciones que se vienen planteando. Muchas veces estos conceptos se vinculan con la dinámica de los procesos políticos y las tradiciones que han marcado a los protagonistas. Quizás no sea necesario entrar a considerar las implicancias de las denominaciones con que se alude a los procesos en cuestión, siempre y cuando se tenga claridad suficiente en la dinámica que venimos planteando.

Ha quedado en todo caso claro que no se trata de encarar el control burocrático estatal del proceso productivo. Eso queda para el desestimado “socialismo del siglo XX”. Y está quedando claro también que la profundidad de las transformaciones democráticas requeridas supone una verdadera revolución.

Si volvemos a Carlos Marx, las tareas del socialismo serán propias del momento en que el capitalismo haya dado todo de sí y los trabajadores de los países más avanzados, en primer lugar, se hagan cargo de lo más desarrollado de las transformaciones científico-tecnológicas para encarar el nuevo curso. Esto no quiere decir, de modo alguno, que las tareas de profundo cuestionamiento a la fase neoliberal del desarrollo capitalista que tiene lugar en nuestra región no supongan una transformación de enorme envergadura o que los cuestionamientos en la periferia no sean convergentes con los que puedan madurar en las principales metrópolis.

Quizás la manera de considerar la significación de *lo socialista* en nuestro tiempo por parte de Boaventura de Sousa Santos nos brinde un recurso conceptual a partir del cual podemos encontrar un cauce comparativo. Refiriéndose a este tema, el autor nos dice en una nota con motivo de la muerte de Hugo Chávez:

*Chávez no consiguió construir el socialismo del siglo XXI, al que llamó socialismo bolivariano. ¿Cuál sería su modelo de socialismo, teniendo en cuenta que siempre mostró una reverencia por la experiencia cubana que muchos consideraron excesiva? Me consuela saber que en varias ocasiones Chávez se refirió con aprobación a mi definición de socialismo: el socialismo es la democracia sin fin (Boaventura De Sousa Santos, “Chávez, el legado y los desafíos”, en *Página/12*, 8/03/2013). ●*





REGIÓN

“Tenemos que construir urgentemente nuevas instituciones, una nueva arquitectura financiera”

Entrevista a **Pedro Páez**

Horizontes del Sur dialogó con el economista ecuatoriano Pedro Páez sobre las posibilidades de transformación y las debilidades que enfrentan las economías sudamericanas en el marco de los procesos que habitan la región.

¿Cómo caracterizaría la situación actual en América Latina?

Asistimos a un proceso de despertares de distinta naturaleza en América Latina. Luego de ese laberinto que significó la búsqueda individualista que está anidada en la utopía neoliberal, los pueblos desde distintas trayectorias culturales empiezan a reencontrarse a sí mismos, primero en sus mejores tradiciones desde la comunidad, desde las luchas por la independencia, por la justicia social, y luego, a encontrarse en la hermandad latinoamericana como un destino ineludible. Creo que es muy importante que esto se de con la frescura que se está dando, sobre todo luego de las frustraciones de los procesos revolucionarios en los últimos cien años. Aquí se trata de un proceso de construcción colectiva, de mucha creatividad, en el que es necesario descubrir nuevos caminos que hagan factible que los sueños de la gente empiecen a concretarse, que den espacio para que la gente pueda desplegar sus iniciativas en un marco en el que el bien común organice la perspectiva general. El problema es que este proceso se desarrolla en un momento muy paradójico de crisis estructural del sistema, en el que, por un lado, se proveen ciertas condiciones auspiciosas como son los precios internacionales relativamente altos, pero, por otro lado, se vive sobre la base de una acumulación de amenazas sobre el

proceso de transformación. Nos enmarca una coyuntura muy frágil de relativa prosperidad respecto del eje fundamental de nuestros problemas, la restricción externa, pero puede deslizarse rápidamente a una situación de tremendas restricciones.

¿Cómo ve las estrategias que los distintos países de la región fueron construyendo frente a la crisis internacional y frente a la necesidad de redefinir el modelo de acumulación?

Los distintos gobiernos progresistas han formulado respuestas muy pragmáticas de tratar de crear espacios, con la línea de menor resistencia posible respecto a los poderes establecidos. Recordemos que estamos hablando de un proceso de cambio sobre la base de treinta años de neoliberalismo que han implicado una destrucción sistemática del aparato productivo, un desmantelamiento institucional y, por tanto, una transformación de las propias clases sociales. La dispersión y la diferenciación interna de las clases trabajadoras tienen un poderoso efecto subjetivo e ideológico, generando el campo para posiciones de lo que se denomina posmodernismo, por el cual la politización se construye desde la diferencia, lo que dificulta procesos de convergencia y construcción de alternativas y conduce a la formulación de demandas desde la “microfísica del poder”. También, esta fragmentación de las clases trabajadoras se vincula con la centralidad del consumo como forma de diferenciación social. Y, por otro lado, se produjo también una transformación de las clases dominantes. Si en América Latina siempre hubo una falencia por parte de la burguesía nacional de un proyecto para desarrollar el sistema productivo y construir nación, con el proceso de globalización, de tercerización y de financiarización se genera un proyecto social rentista y parasitario.

Por esta razón es tan importante la creatividad con la que desde lo político se empieza a jalar al conjunto de la sociedad hacia esos reencuentros. El problema es que la correlación de fuerzas no habilita avanzar hacia procesos más profundos y más sostenibles todavía. Entonces, lo que se ha logrado es una recuperación de terreno en el plano intersticial, en aquello que nos dejan hacer los compromisos establecidos previamente con la Organización Mundial de Comercio y otros tratados internacionales, con la propia inercia de las instituciones. No estoy negando, obviamente, el hecho de que se han producido reversiones importantes, procesos de reindustrialización que empiezan a encontrar coherencia en

